

Aragón, y para celebrar cortes apenas afirmada en el reino. Mas no sólo Madrigal conserva su esqueleto antiguo de edificios, permitiendo idearla tal como entonces era, sino que además guarda, intacto casi, el palacio mismo que sus reyes habitaron, donde nacieron y se crió Isabel. Allí está; pero ¡qué palacio! Aunque bien se le alcanzase el trato mezquino de nuestros antiguos reyes en su vida privada, nunca espero llevar otro mayor desencanto, y tan grande fué, que miraba sin dar fe a mis ojos, y salí de allí sin cerciorarme de lo que había visto: un patio pequeñísimo, con galerías en torno; unos techos tan bajos que casi se alcanzan con la mano, y tan lisos que ni una pintura ni un perfil les embellece, seis columnas abajo, en granito y semidóricas, quizá sustituyendo postes de ladrillo; arriba, pilarotes de madera con zapata, simplemente descantiladas, y antepecho de palos lisos; naves de habitaciones pequeñas y bajas..... nada más. Por fuera dice algo la fachada que mira a N. O., con su aparejo al descubierto de tapiería y rafas; su puerta de ladrillo, descentrada hacia la derecha en forma de arco, bajito, sin impostas, débilmente apuntado y con doble alfiz, asegurando el carácter morisco del edificio; encima, tres o cuatro ventanillas; luego, encajada entre dos torres que pujan a los extremos, una galería con cuatro arcos escarzanos, sobre recios y breves pilares, cerrándose aquellos con celosías, tan hábilmente formadas con ladrillos, que merecen tomarse por modelo. Las torres no abren sino pocas ventanas, y sus aleros son de canes de ladrillos escalonados. Aneja del palacio, o los palacios, como decían, era una torre del recinto, la de la Reina, a que se llegaba desde la huerta por un pasadizo y balconete hecho sobre la calle de Ronda.

Débase, por modo bien indirecto, la conservación de este edificio a la misma gran Reina, pues celosa ella en remover tropiezos de familia para lo futuro, hizo entrar monjas, en el convento de agustinas de la propia villa, a dos hijas bastardas de su marido, y una de ellas, la muy ilustrísima señora doña María de Aragón, llegada a priora, obtuvo del Emperador, su sobrino, en 1525, la cesión de dichas casas reales para mudar a ellas el convento, no sin protestas y resistencia inútiles por parte del Concejo. Así metido el viejo edificio entre las alas del nuevo, que luego surgió con pujanza, le guarda en pie la respetuosa inercia de los claustros, y las monjas retienen con cariño tradiciones de su antigua alcurnia. Pero certidumbre mayor da un inventario, que ellas mismas conservan, de los candados y cerro-

jos que tenía el palacio cuando su entrega a D.^a María, pues allí se mencionan las puertas de la calle y del patín, la despensa de la Reina Isabel, a mano derecha, como se entra en éste; luego, al mismo lado, la despensa que fué del católico Rey D. Fernando; subiendo en el patín, a mano derecha, la sala de la católica Reina D.^a Isabel; además, el retrete de la misma, el cuarto donde jugaba a la pelota D. Fernando, el cuarto de la puerta real y el de sobre la huerta.

Cayéndose de vejez y abandono está aquello; la cerca de la villa, en destrucción continua; San Nicolás, falto de reparaciones.

Ahora bien, ¿podrá merecer todo ello de la cultura nacional siquiera una mirada antes que desaparezca; siquiera un digno recuerdo para los que detrás vengan?

M. GOMEZ-MORENO M.

Isabel la Católica, según la describen sus contemporáneos.

PRESCOTT dice, que los retratos de la reina Isabel muestran una regularidad exacta en las facciones, unida con una singular dulzura y viva e inteligente expresión. Nosotros creemos, sin embargo, que, ya por inhabilidad de los pintores, ya por haber retratado a la reina en época o momentos desfavorables para su fisonomía, es el hecho que los retratos no dan idea de aquella encantadora hermosura que, como a porfía, elogian todos los contemporáneos de la gran reina.

«Fué—dice el CURA DE LOS PALAGIOS—mujer muy hermosa, de muy gentil cuerpo e gesto e composición.»

PULGAR: «Esta Reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca e rubia; los ojos entre verdes e azules, el mirar gracioso e honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy hermosa e alegre.»

MARINEO SÍCULO: «Cuanto había en el Rey de dignidad, se hallaba en la Reina de graciosa hermosura, y en ambos resplandecía una venerable majestad, aunque, a juicio de muchos, la Reina era de mayor hermosura.»

FERNÁNDEZ DE OVIEDO: «..... en hermosura, puestas delante de Su Alteza todas las mujeres que yo he visto, ninguna ví tan graciosa, ni tanto de ver como su persona.»

LA REINA CATÓLICA

*Blanco su cutis, rojos sus cabellos,
muestra gentil Doña Isabel primera,
del cielo azul sus ojos son destellos,
grave en su andar, graciosa su manera.
Es tan casta, que nadie sus pies bellos
ni al ponerles la unción verá siquiera.
Su faz, sombra y espejo de sí misma,
un pensamiento silencioso abisma.*



*Dulce en la paz, es en guerrear constante,
a la firmeza y la bondad propensa,
como en torno de un astro gira amante
cuanto siente junto a ella y cuanto piensa.
Sirve con humildad, manda arrogante;
es su mirada reflexiva, intensa;
nunca vi de ojo humano los reflejos
ni de venir de tan bondo, ni ir tan lejos.*

CAMPOAMOR.

(Poema Colón.)